



Arnoldo Guerra: narrador, futbolista y petrolero

Por **Maríel S. Palomeque**

Es normal que los entrevistados por Historias de vida tengan varios hobbies, intereses y anécdotas, pero pocas veces –por no decir esta única vez– la charla termina con cuentos. Arnoldo Guerra es un escritor nato, inspirado por las aventuras que se interpusieron en su vida: un terremoto, muchos picaditos de fútbol, varias mudanzas, pozos, yacimientos y amistades que, junto con otros episodios, condimentan sus narraciones.

Trajo consigo su historia ya escrita, prolija y cronológica, pero lejos de ser una enumeración de acontecimientos, cada parte tiene un “gancho” que atrapa a su lector modelo. Esta nota, si bien está contada en tercera persona, intenta respetar fielmente el estilo de su protagonista quien, papel en mano, aclara que su vida puede dividirse en cuatro etapas muy bien definidas por peripecias que las justifican. Damos comienzo a la primera.

“Nací en la ciudad de San Juan, en octubre de 1932. Como todos los pibes de mi barrio, yo era fanático del fútbol, y cuando no estaba en la escuela o haciendo mandados, pasaba el tiempo tras una pelota de trapo, disputando un picadito o un encarnizado desafío contra el equipo de otra barriada”, recuerda. Así fue hasta el crepúsculo del sombrío 15 de enero de 1944, cuando ocurrió el sismo más terrible de la historia del país, que destruyó por completo a la ciudad, matando a más de doce mil habitantes y dejando sin techo al resto. Cuenta que sus padres y sus entonces cuatro hijos –porque llegaron a ser seis–, salieron ilesos, aunque ese día fallecieron dos integrantes de la familia.

“Durante varias semanas pasamos las de Caín, porque todo tipo de actividad se paralizó: no había electricidad y las calles estaban llenas de escombros y de autos aplastados, no permitían circular vehículos ni mucho menos colectivos. Nadie vendía nada y solamente el Ejército repartía agua y algunos otros víveres, para lo que había que hacer larguísimas colas”, cuenta. El gobierno distribuyó tiendas de campaña y casillas de madera y cartón prensado, que debieron instalarse a una distancia prudencial de las ruinas de las casas, que estaban prontas a desmoronarse con las réplicas del sismo.

No obstante las penurias, las cosas fueron mejorando con los meses. Lentamente se fue avanzando y las actividades se normalizaron poco a poco. Las clases se iniciaron en junio, en pabellones de emergencia. Todo se prolongó por dos o tres años, mientras se trabajaba en la reconstrucción de la ciudad, esta vez con materiales y normas antisísmicas.

Como la casa en la que habitaba la familia de Guerra resultó totalmente destruida –muebles incluidos–, tuvieron que trasladarse a un barrio en el que los daños no habían sido tan catastróficos. Mientras la nueva casa se terminaba de construir, durante tres años vivieron en casillas de emergencia que eran heladas en invierno y extremadamente calurosas en verano.

Repite que desde pequeño era un apasionado del fútbol –y fanático hincha de Independiente–. Apenas llegado

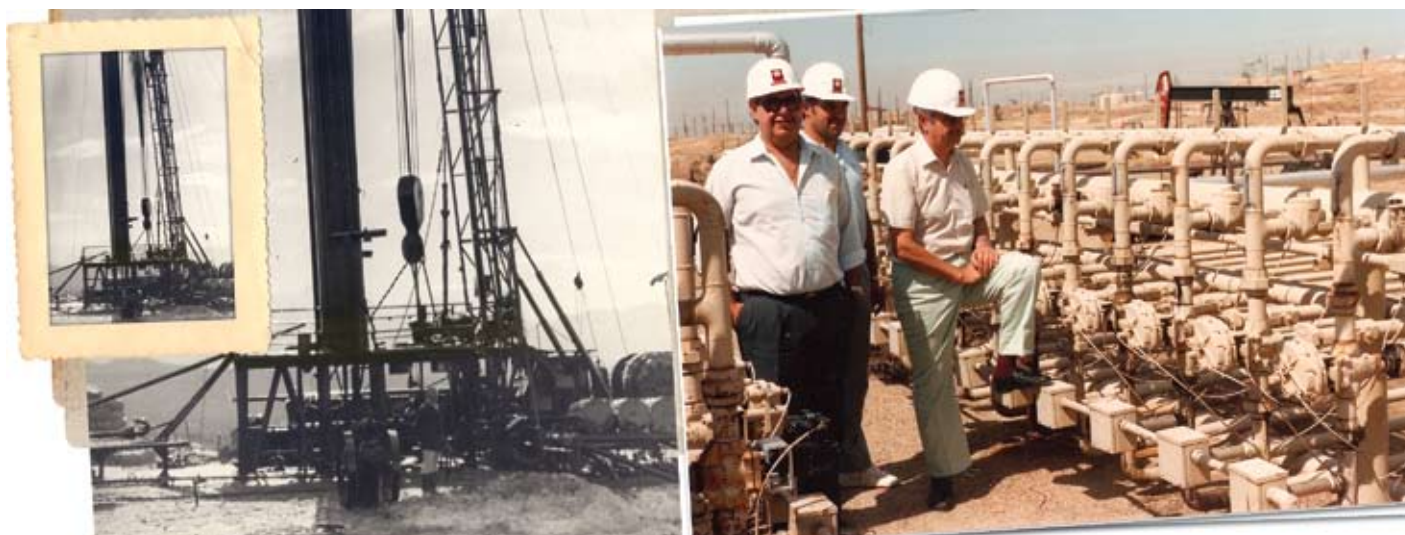
al nuevo barrio, se integró a la barra de pibes del lugar, tan entusiastas con ese deporte como él. Se hizo de muy buenos amigos y con ellos integró el equipo de fútbol callejero. Más tarde, mientras cursaba el secundario, formó parte de las divisiones inferiores de los clubes “At. San Martín” y “Sportivo desamparados”, afiliados a la liga sanjuanina de fútbol.

Cuando completó el secundario, en 1951, debió dejar el hogar paterno para iniciar sus estudios universitarios de ingeniero aeronáutico en Córdoba. Relata: “a pesar de mis diecinueve años, lloré como una criatura. Me alejaba de mi familia, de mis amigos, de una actividad deportiva que amaba y que sabía que, por la nueva rutina, no podría continuar. Iba hacia un medio desconocido, lejos de mis parientes. Pero aunque no fue fácil me acostumbré y así di comienzo a la segunda etapa de mi existencia”.

El 14 de enero de 1953 se incorporó como soldado aeronáutico a la Escuela de Aviación Militar, en Córdoba, donde permaneció como “colimba” hasta el 13 de diciembre de ese año (número que resultó anecdótico en su vida). Aunque perdió tiempo universitario, recuerda aquellas épocas con mucho cariño. Conoció a muchos “tipos macanudos”, aprendió lo que es la responsabilidad en todo su significado, la disciplina y a confiar en sí mismo.

Cuando regresó a su ciudad universitaria, le costó retomar, ya que durante todo un año no había tocado los libros y su hábito de estudio se resintió. “Me costaba concentrarme y al menor descuido mi mente se dispersaba. ¿Y tu disciplina viejo? ¿Dónde está tu disciplina?”, se preguntaba. Finalmente, con amor propio y con mucho esfuerzo, retomó la rutina de las clases, los prácticos y las horas de estudio.

Algún tiempo después, junto al compañero con el que estudiaba, ganó un concurso de la Facultad para trabajar como ayudantes alumnos en la cátedra de Física Experimental II, de las carreras de ingeniería en sus distintas especialidades. Esto, además de recompensarlos económicamente, los obligó a esforzarse más en su preparación. En noviembre de 1962 tuvieron que renunciar, cuando se recibieron como ingenieros electromecánicos.



Descontrol del pozo Puesto Rojas.

Junto a compañeros de trabajo.

Hasta este momento, la industria del petróleo no había figurado para nada en su vida. Al año siguiente, a punto de ingresar en la fábrica militar de aviones de Córdoba, un grupo de amigos y de compañeros de estudio lo entusiasmó para probar suerte en YPF, porque se estaba buscando a ingenieros que se especializaran en la industria, en el entonces Instituto Argentino del Petróleo. Ya en Buenos Aires, se entrevistaron con, entre otros, el Ing. Dálton y el Ing. Giordano. Tuvieron suerte y los aceptaron como becarios.

“De YPF lo único que yo sabía era lo que sabía la mayoría de los argentinos: era una empresa que vendía nafta en sus estaciones de servicio. Ignoraba por completo la importancia y la complejidad de toda la actividad previa, desde la exploración de campos, hasta el desarrollo, el transporte y la refinación del producto”, explica.

En mayo de 1963, inició el curso de especialización en explotación de hidrocarburos en la Facultad de Ingeniería de Av. Las Heras. Durante el receso de julio, la empresa enviaba a los profesionales cursantes a conocer *in situ* la actividad del petróleo. Comenta que a él le tocó viajar a Plaza Huincul, en Neuquén, donde por primera vez pudo ver, oler y mancharse con el petróleo. Durante treinta días fue de un lado a otro, Cerro Bandera, El Sauce, Challacó, Catriel, etc. “Aunque aprendimos que el quehacer era duro, decidí que yo definitivamente tenía que dedicarme a esa actividad. Cuando regresamos a la Sede Central yo sólo dije: quiero terminar el curso y que me destinen a Plaza Huincul”.

Y así fue. No sabe si su pedido influyó o no, pero YPF lo destinó como ingeniero practicante al lugar que él prefería. Después de casarse con su novia cordobesa, un día de

enero de 1964 llegaron a su primer destino petrolero, en Huincul. Y así comienza la segunda parte de la historia.

Después de la clásica recorrida general por todos los sectores del yacimiento, la Administración lo destinó al sector de producción, que era el que más le atraía. Se fue adentrando en la actividad junto a distintos profesionales y técnicos. A mediados de 1964 fue trasladado a Catriel, en Río Negro, cerca del Río Colorado, en el límite con La Pampa, donde YPF desarrollaba una importante actividad. Había un campamento y un galpón donde funcionaba el comedor. Todo el personal que se desempeñaba allí se alojaba en el campamento y trabajaba con un régimen de 12 días con dos días de descanso. La mayoría debía movilizarse hacia Plaza Huincul y Cutral-Có, y debían viajar en colectivos de la empresa por más de 300 kilómetros. Por suerte, un tiempo más tarde, el traslado empezó a ser efectuado por aviones.

Los campos Catriel Oeste y Medianera ya estaban desarrollados y se montaban las instalaciones de producción, mientras se perforaba El Medanito, que sería el yacimiento estrella de la zona. También se construyeron la planta deshidratadora, la cabecera de bombeo y el oleoducto El Medanito-Allen, que evacuaría todo el crudo producido en Catriel. Entre 1965 y 1967, ya como ingeniero de producción y jefe del sector, participó en la puesta en marcha de los campos El Medanito, Medianera, Catriel Oeste y Señal Picada, en tareas de supervisión de campo, lo que resultó en una experiencia importante, por la cantidad de trabajo realizado y por los resultados obtenidos –más de ocho mil metros cúbicos por día–.

En 1966 se inauguraron las instalaciones mencionadas, con la presencia del presidente de la Nación, Dr. Arturo Illia, el presidente de YPF, Dr. Facundo Suárez, los gobernadores de la región y las autoridades locales máximas.

“Ese día yo esperaba nerviosamente la llegada de todos en las instalaciones de El Medanito. El Dr. Illia, muy entusiasmado se me acercó tendiéndome la mano y, con toda cordialidad, me pidió que le explicara algunos detalles de las cosas que veía. Quizás notó mi estado de ánimo, porque con toda naturalidad pasó su brazo sobre mis hombros y me llevó caminando a que le mostrara el área”, relata.

Esa inauguración marcó el inicio de una etapa de crecimiento sostenido en la producción de petróleo de la Administración de Plaza Huincul, que hasta el momento había sido inferior a los dos mil metros cúbicos por día. Se desarrolló totalmente El Medanito en Río Negro y se comenzó a hacer lo propio con El Medanito Sudeste en La Pampa, cuyo reservorio era el mismo. La empresa construyó un puente sobre el Río Colorado. Además entraron en producción los campos de Medianera, Catriel Oeste y Señal Picada, con lo que la zona llegó a producir en 1970 más de trece mil metros cúbicos por día. Para evacuar tal volumen fue necesario instalar una estación de rebombeo en el oleoducto Allen, a la altura del Km 51.

En 1968 había sido designado jefe de campamento, reteniendo su responsabilidad sobre el área de producción, con lo que sus actividades se incrementaron notablemente. Contó siempre con la ayuda de excelentes hombres, técnicos, maestranzas y profesionales, que le facilitaron la gestión. La actividad general seguía creciendo, los equipos de perforación llegaban a once para desarrollo y explora-



Arnoldo Guerra junto a sus nietos.



Arriba. En mayo de 1997 con Rodríguez, Orestes, León y Garacija.

San Francisco, Congreso Mundial de Petróleo, junto a compañeros como Pérez y López Anadón.

ción, y otros tantos funcionaban en *workover* y *pulling*. El personal aumentó, con lo que el comedor del campamento llegó a atender a más de 900 hombres en tres turnos.

En 1969, a punto de terminar de construirse el barrio de viviendas para el personal de supervisión, a un par de kilómetros del centro de operación, las autoridades de la empresa decidieron transformar al campamento en subadministración. Designaron para ese cargo al Ing. Alberto Cigán, quien hasta ese momento era el jefe de Servicios Auxiliares de la Administración Plaza Huincul.

Guerra mantuvo el cargo de jefe de Producción, y ya radicado en el barrio construido, tuvo más tiempo para dedicarle a su familia. Cuenta que, en oportunidades, aunque bastante oxidado y con algunas nanas, pudo dedicarle tiempo a su entusiasmo por el fútbol. Así fue nombrado presidente del club YPF Catriel, que intervenía en el campeonato de la Liga Catrielense de fútbol, de la que participaban unos diez equipos. Algunos contrincantes pertenecían a la vecina La Pampa y con ellos había una severa rivalidad. Se ríe cuando relata que más de una vez, jugadores e hinchas ypefeanos debieron huir de la cancha que habían visitado, esquivando cascotazos y haciendo oídos sordos a burdas amenazas e insultos.

En 1971, siendo el Ing. Rocchi titular de la Administración Plaza Huincul, recién nacida su última hija, fue trasladado a Pico Truncado, provincia de Santa Cruz, para desempeñarse como jefe del área B de Producción y jefe de campamento. En su nuevo destino, tuvo que aprender a hilar fino en lo que se refiere a la producción de los pozos: estaba acostumbrado a pozos que producían grandes volúmenes diarios, muchos de ellos surgentes. En cambio en el área B de Santa Cruz (Pico Truncado, Piedra Clavada, Koluel Kaique, El Destino y otros) eran muchos pozos, todos en bombeo mecánico, que producían mucho menos, con frecuentes paros por distintas causas y había que correr permanentemente para obtener el máximo de sus escasas producciones. Para ser más gráficos, explica que si en Catriel andaban tras los metros cúbicos, en Santa Cruz

Norte se desvelaban por los litros.

En esa época comenzaron con los pilotos de recuperación secundaria; el primero fue El Destino, al que le siguieron otros. Se electrificaron zonas alejadas, evitando así el costoso accionamiento de equipos de bombeo con motor a explosión, y se dio comienzo al desarrollo de Las Heras y zonas vecinas.

Al año siguiente fue destinado a la jefatura de ingeniería de producción, de la misma subadministración de Santa Cruz Norte, y debió trasladarse a Cañadón Seco. En esta función, destaca como importante la programación y dirección de una campaña de optimización de regímenes de extracción en pozos de los distintos campos del área, logrando mejorar la producción de crudo y la disminución de intervenciones con equipos de *pulling*. Se quedó poco tiempo en Cañadón Seco, ya que a mediados de 1973 fue designado superintendente de Producción en la Administración YPF Mendoza. Nuevamente, junto a su familia, desarmó la casa y se mudó a la bella ciudad del vino, donde permaneció hasta 1976.

Este período también le permitió adquirir nuevas experiencias: el petróleo de las áreas Barrancas, Vizcacheras y Tupungato de Mendoza es de alta viscosidad y necesariamente había que generar grandes cantidades de vapor para calentarlos y posibilitar su transporte por cañerías, hasta las baterías de tanques y playas de tratamiento y su bombeo hacia la refinería de Luján de Cuyo. Las roturas que a veces se producían en las cañerías que pasaban dentro de terrenos de particulares, provocaban derrames de crudo que se debían limpiar cuanto antes, a causa de los airados reclamos de los propietarios, quienes finalmente nunca estaban conformes con los resultados de las limpiezas. Así también, Guerra tuvo que aprender a negociar con los dueños de los terrenos.

Durante este período se desarrollaron los yacimientos Cruz de Piedra, vecino al Río Mendoza, y Puesto Rojas, en Malargüe, que, en principio, mandaba el crudo producido al cargadero del ferrocarril, que lo trasladaba



Arnoldo Guerra en uno de sus viajes a Mendoza.

hasta Agrelo, cerca de la refinería. En ese cargadero se montó por primera vez en el país un tanque de almacenaje ruso, que tiene la particularidad de armarse desenrollando tres cilindros que corresponden al fondo, el techo y una única pieza perimetral. Fue traído al país personal ruso especialmente capacitado para enseñar a los técnicos argentinos cómo armar los tanques que YPF había adquirido por convenio.

Su permanencia en Mendoza duró tres años. En 1976, la empresa designó al Ing. Carlos Layún al frente de la administración de Plaza Huincul, y a Guerra como subadministrador. Una vez más se trasladó y sus nuevas responsabilidades incluyeron el manejo de las actividades de explotación en sus distintos aspectos. En Puesto Hernández, se inició la inyección de agua para recuperación secundaria, se puso en marcha el yacimiento El Valle y se dio comienzo al desarrollo del yacimiento Fernández Oro, ambos muy cerca de la ciudad de Neuquén, donde se perforaron pozos dirigidos, para no dañar con locaciones a las quintas y chacras.

Durante sus casi tres años de desempeño de la función, la dependencia consiguió logros importantes:

- Se crearon los grupos de trabajo, que eran un anhelo del Ing. Teófilo Sánchez, en ese momento gerente general de Explotación en Sede Central. Había líderes responsables del cumplimiento de objetivos a corto y a mediano plazo. Los resultados fueron excelentes: en seis meses la producción de crudo se incrementó en un 20%.

- La información técnica fue ordenada y canalizada según niveles de responsabilidad, lográndose acortar notablemente los tiempos muertos en la operación.
- Se completaron instalaciones de recuperación secundaria y se iniciaron proyectos de recuperación de agua.
- Se inició el desarrollo del gran yacimiento Loma La Lata.

En marzo de 1979, fue trasladado a la Administración Mendoza, también como subadministrador y, al año siguiente, fue designado al frente de esa dependencia, cargo que desempeñó hasta julio de 1981.

Durante este período, su actividad estuvo dirigida fundamentalmente a mantener los niveles de producción y a mejorar los sistemas de compras y contrataciones. Se inició la práctica del control y seguimiento del presupuesto según un esquema orgánico y se optimizó la interrelación de distintos sectores de la administración.

En mayo de 1981 se inicia la tercera etapa de las cuatro en las que Guerra divide a su historia de vida. Fue designado gerente de Producción en Sede Central, en Capital Federal, por lo que nuevamente tuvo que convencer a su familia de desarmar la casa y de mudarse a una ciudad a la que les costó acostumbrarse. Para no extrañar las viejas costumbres, cada vez que sus obligaciones lo permitían, el ingeniero se escapaba a algún yacimiento que tuviera problemas, para colaborar con lo que fuese necesario, conociendo la necesidad de apoyo que tienen las autoridades de las dependencias.

En 1984 fue nombrado gerente general de Explotación, cargo que ocupó hasta 1992. Durante este período, se trabajó en la optimización del manejo de costos de diversas áreas, se calculó cuánto costaba en total, desde su extracción hasta la refinería, el metro cúbico de petróleo. Por otra parte, en 1990 YPF y sus contratistas tuvieron la mayor producción histórica, 75.000 metros cúbicos de crudo por día.

Luego, Guerra fue designado gerente de la División Producción de Hidrocarburos de la nueva Vicepresidencia de *Upstream*, respondiendo al nuevo del organigrama empresarial. Desde 1996 se desempeñó como gerente de la División Áreas de Asociación y, en 1997, se jubiló para comenzar con la cuarta fase de su vida.

Una vez retirado de YPF, efectuó trabajos para la Secretaría de Energía y como consultor. Pero ya era abuelo de dos nietos que le “pisaban los talones”, por lo que decidió entregarles todo el tiempo que no le había podido dar a sus hijos. “Ahora tengo cinco nietos, todos varones de entre trece y cuatro años, con los que juego al fútbol. Obviamente todos son fanáticos de Independiente. Les escribo cuentos y me revuelco con ellos hasta donde mi esqueleto me lo permite, a pesar de los rezonagos de mi esposa”.

“Estoy en permanente contacto con mi hijos y con sus familias. No voy más a la cancha, pero veo los partidos por televisión y tengo muchos amigos ex petroleros con los que me junto seguido en torno de una mesa, para revivir algún pasaje de las Historias de Vida de cada uno de nosotros”. Y así se va desarrollando su cuarta etapa, con muchos gratos recuerdos pero sin añoranzas y feliz de que sea tal como es. ■